



Caminando con Jesús

El discipulado según el Evangelio de Marcos

Iglesia de Cristo Redentor

Buenos Aires, Argentina

Encuentro 16

Texto bíblico: Marcos 12:13-17, 28-34

La moneda, una trampa y la lealtad verdadera

Se acercan a Jesús algunos fariseos y herodianos. Estos dos grupos tienen poco en común, unos abogan por el estricto cumplimiento de la ley y los otros apoyan al supuesto “rey de Israel” que no tiene derecho legítimo al trono. Hacen una oscura alianza con el fin de acabar con Jesús y callar su mensaje sobre el verdadero reinado de Dios. Quieren deshacerse de Jesús para impulsar la obediencia de la ley y para reforzar el mandato de Herodes, un rey que no reconoce a Jesús, el verdadero Rey.

¿Qué hacen para atrapar a Jesús en un conflicto político religioso? Le preguntan si está bien pagar tributo o impuestos al César. Jesús, conociendo sus intenciones, pide ver un denario. En el imperio romano era común que los Césares colocaran su rostro en las monedas en circulación. Hacían esto para que la población supiera quien mandaba y para señalar su estatus divino porque según ellos, el emperador era un dios también. Jesús no cae en su trampa y da una respuesta que les desarma, les avergüenza y de paso provoca el asombro de las personas a su alrededor.

Jesús dijo: denle, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

En otras palabras, la moneda tiene la cara del emperador, por lo tanto, hay que devolvérsela. Sin embargo, cada ser humano tiene impreso en sí el rostro del Creador. En otras palabras, debemos devolvérsela a Dios. Somos creación de Dios, tesoro suyo. La pregunta capciosa se ve superada por la verdad anunciada por Jesús: César quiere su impuesto y Dios quiere nuestras vidas.

La Biblia dice que estamos hechos a la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:27). ¿Qué nos enseña este hecho cuando pensamos en nuestras lealtades acá en la tierra?

Los dos grandes mandamientos

Jesús repite los dos grandes mandamientos que encontramos en el primer pacto. Aparecen en las Escrituras en Deuteronomio 6:4-5 y Levítico 19:18. No existe otro mandamiento mayor a estos: *Oye, Israel. El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Ama a tu prójimo como a ti mismo.*

Desde la eternidad, Dios es amor. 1 Juan 4:8 dice, *el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor.* Una lectura cuidadosa de toda la Biblia nos revela a un Dios que es amor desde principio al fin. Sabemos que es así por como Dios interactúa a lo largo de la historia de la salvación. Sabemos que Dios es amor por como vivió Jesús y como se entregó por todos nosotros.

La meta de la vida cristiana no es la salvación, es la comunión con Dios. La meta es compartir la misma vida de Dios. Nos invita a vivir junto a Él. Por lo tanto, debemos amar. Si no amamos a Dios y al prójimo, ¿qué vida en común podrá haber entre nosotros? Si el amor es la misma esencia de Dios, ¿cómo podríamos relacionarnos con Él si no es a partir del amor?

Cuando Dios nos hizo a su imagen y semejanza, nos hizo capaces de amar. ¿Estamos dispuestos a entrar en nuestros corazones e indagar por qué nos cuesta amar a Dios y a los demás? ¿Estamos dispuestos de hacer el trabajo difícil de abrimos al amor de Dios para que Dios pueda amar a los demás a través de nosotros?

Preguntas de reflexión

¿Sabemos amar por instinto, por nuestra naturaleza o aprendemos a amar?

¿Cómo se cultiva el amor a Dios y al prójimo?

¿Por qué no podemos seguir a Jesús sin amar a los demás?

¿Cuál es el costo de amar a los demás?

¿Qué tienen que ver nuestra lealtad con el Rey verdadero y el amor al prójimo?

¿Cómo demostramos fidelidad al verdadero Rey Jesús y al reino de Dios?